

# PARA DELETREAR EL INFINITO DE ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

**Por Federico Patán**

*Para deletrear el infinito (1981-85)*, tomo primero de las obras completas de Enrique González Rojo, nos permite entrar en lo más reciente del autor. Con las ventajas y desventajas que es lógico suponer. Entre las primeras, que se tiene una visión de conjunto, mediante la cual se facilita apreciar la naturaleza, la calidad del poeta; entre las segundas, que la lectura encadenada de cuatro libros revela los trucos del escritor, sus constantes, sus obsesiones, sus imágenes repetidas, y aunque esto ayuda al crítico, a la vez deja desnudo al autor y lo hace vulnerable. Así, en el González Rojo de los últimos cinco años vemos la preferencia casi absoluta por una especie de silva sin rima, con apreciaciones breves de la silva tradicional en la sección “Las primeras palabras de la antorcha” y el agregado de poemas cortos. A más de eso, el mecanismo de estructuración queda patente poema a poema: tomar una situación de base (digamos una invasión de árboles) y desarrollarle sus posibilidades apoyándolas en imágenes congruentes con dicha situación, no importa cuán absurda ésta.

Sin embargo, no lleve lo anterior a pensar que Enrique surge así como un poeta frágil. Lo arriba dicho sucede con todo buen escritor leído en buenas dosis. González Rojo es una de nuestras voces poéticas ya asentadas y definidas. Lo es porque sabe, y no es dón abundante, estructurar cada poema y sumarlos en libros asimismo bien estructurados, cuyo sentido filosófico y estético forma un todo. Lo es porque examina el mundo desde una

posición asumida con honradez, palpable en la integración y en la integridad de cada poemario. Lo es porque maneja con mente diestra la ironía, máscara de bastantes inquietudes.

El título de tomo es claro y más claro todavía lo hacen los poemas. Ciertamente que “el camino es infinito / y él tiene los kilómetros contados”, pero la voluntad de darle explicación y orden al universo es una obsesión del ser humano. *Para deletrear el infinito* propone la autobiografía de González Rojo, más la espiritual que aquella de los sucesos cotidianos. Página a página acumulamos información sobre este hombre llamado Enrique, pero gradualmente comprendemos que es nuestra vida la que vamos leyendo, pues así como Dante “es al mismo tiempo / la poesía y el poeta / el género y la especie”, cada persona es todas las personas, y una comunión de frustraciones, chispazos alegría y voluntad de lucha nos une en el socialismo verdadero. Quizás en razón de esto las metamorfosis sean uno de los rasgos de la poesía que contamos: Ulises es Fausto, que es Don Quijote, que es Hamlet, que es todos nosotros y etcétera, etcétera, en una red inacabable de combinaciones. Esos nombres meramente representan los puntos culminantes del ser general llamado hombre. Somos al mismo tiempo la insignificancia de lo cotidiano y la grandeza de esos aventureros. O si se prefiere, “ojos llenos de metafísica y legañas”.

La circunstancia y la voluntad son las propuestas de arranque. Una y otra vez nos acompañan mientras dura esa “larga marcha”, cuyo significado es la vida laboriosa de cada hombre, pero también aquella de la especie. En grupos de poemas bien definidos Enrique enumera las experiencias esenciales: el papel de la poesía, tal vez el de ser cronista/ de la historia verdadera de las cosas sin historia”; la posición política, que los parias por sí

mismos deshagan sus entuertos; la amorosa, la mujer como sostén; el diálogo con Dios creación del hombre, creación que es indispensable destruir. En términos generales la poesía de Enrique lucha contra los dogmas de toda especie, incluyendo los poéticos.

Porque Enrique aparta su escritura de la que se llamaría comúnmente poética, y opta por un instrumento hecho de líneas tendientes a la prosificación, pero jamás, o muy rara vez prisioneras de ese extremo; hecho de un argumento narrado mediante metáforas; hecho de un sabio aprovechamiento del buen humor y la ironía, no pocas veces utilizados contra el propio libro; hecho de lugares comunes a los que se les da un giro nuevo. En otras palabras, estamos ante un poeta importante y maduro, de obra cabalmente definida, una de cuyas etapas acabamos de comentar.

**“Uno más uno”, marzo de 1985.**